

BIBLIOGRAFIA

VÁZQUEZ VARELA, J. J. y RODRÍGUEZ COLMENERO, A., *Arte prehistórico y romano*, Colección Galicia. Arte, dirigida por F. Rodríguez Iglesias, t. IX, A Coruña, Hércules Ediciones, 1993 (1995), 509 pp.

Esta nueva entrega del ambicioso proyecto editorial Galicia, abarca el estudio del arte prehistórico y romano en el noroeste peninsular, arte en el que el lector tiene el privilegio de adentrarse de la mano experta de los Dres. Vázquez Varela y Rodríguez Colmenero. En ambos casos, como es sabido, reputados investigadores de la prehistoria y la antigüedad gallegas, autores que distan un tanto, pues, de hacer en el presente ensayo sus primeras armas sobre este tema, lo que nos permite acceder a un producto maduro, bien decantado y lleno de ese indudable mérito y atractivo que cabe reconocer a toda «reescritura» o «reelaboración» de la Historia, de acuerdo con los sugerentes puntos de vista de Adam Schaff: el conocimiento histórico es un proceso infinito y vivo, sujeto a reinterpretaciones en función tanto de las necesidades mutantes del presente como de la también variable incidencia que los acontecimientos del pasado tienen en el mundo actual.

Así las cosas, tras el cuidado texto y las excelentes y copiosas ilustraciones que lo salpican, el libro que reseñamos no se plantea como objetivo únicamente ofrecer un enjundioso corpus de las manifestaciones estéticas de aquellas etapas pretéritas de la historia, lo que, por otra parte, no deja de conseguirse, sino que afronta también el reto de discutir su posible significado, por aquello de que el arte, como nos recuerda atractivamente Vázquez Varela, constituye «un dominio privilegiado para el estudio de la mentalidad» de los pueblos que lo gestaron.

Desde el primer arte paleolítico –modestamente acreditado por un gracioso colgante de piedra y unos restos de pintura ocre del yacimiento magdalenense (?) de A Pena Grande de Férvedes, en Lugo–, hasta la más universal estética helenística introducida por los conquistadores romanos, los testimonios artísticos de los primigenios habitantes de Galicia transitan a lo largo del medio millar de páginas del volumen, erigiéndose una y otra vez, inevitablemente, en puntos de referencia esenciales para la definición de las distintas culturas arqueológicas que a lo largo de los siglos se sucedieron en el solar gallego.

Creemos importante insistir en el mérito de una obra que no se queda en el qué, sino que profundiza en la motivación y el significado de las diferentes creaciones artísticas, con mayor razón aun a la vista del excepcional realce que dicho planteamiento cobra en los capítulos dedicados a los megalitos y a los petroglifos e insculturas. Aquéllos, tan comunes en Galicia, como precisara en el siglo XVII el licenciado Vázquez de Orxas, en tanto primera arquitectura monumental de la historia; éstos, tan difíciles de adscribir cronológicamente, como compleja narrativa mediante la que tanto se rinde culto a las armas, exaltando las virtudes del guerrero (y, seguramente, del varón), como se acredita el valor emblemático de determinados animales (ciervo, caballo), o –en un muy atractivo planteamiento– como se intenta recomponer mediante símbolos abstractos, el contenido de visiones oníricas alcanzadas por los artistas en estado de trance, tras la ingestión de alucinógenos.

Varios capítulos se ocupan del análisis de otras manifestaciones que, en cierta manera, se sitúan a mitad de camino entre el arte y la artesanía (p. e. aquellos en los que se estudian el Vaso Campaniforme o las cerámicas de estilo Penha), siendo precisamente mérito de los

autores haber sabido delimitar lo que las mismas tienen de expresión estética por encima de sus aspectos meramente técnicos, y haber conseguido aquilatar el muy particular –pero no menos universal– sentido del primero como símbolo de estatus social, junto con las primeras armas de cobre (puñales y puntas) y determinadas joyas de oro (diademas, gargantillas de tiras, torques de paletas, etc.). Unas joyas, por otra parte, que no harán sino anunciar la relevancia que la orfebrería adquirió en el noroeste a lo largo de toda la Edad del Bronce (capacete de Leiro, tesoros de Caldas de Reis, Golada, etc.) y muy en particular durante la plenitud de la Cultura Castreña, ya en la Edad del Hierro, cuando proliferan por el noroeste torques, diademas o arracadas de múltiples tipos, muy originales sin duda, aunque no logren suscribirse en muchos casos al influjo de la orfebrería orientalizante.

Más allá de la incuestionable personalidad de tales joyas –casi sistemáticamente de oro, en contraposición con la joyería prerromana, argétea del resto de la Península Ibérica– o del reconocimiento de una escultura en piedra no menos singular, cuyos principales exponentes son las figuras exentas de los guerreros castreños (p. e. del castro de Armeá, en Allariz), ciertas cabezas cortadas, la denominada «escultura decorativa» u ornamentística arquitectónica, o los controvertidos «verracos», tan diferentes de los modelos exentos de la Meseta y Extremadura, queda constancia en el capítulo correspondiente de la dificultad de datación, por falta de contexto, de muchas de estas obras y de la desconfianza que algunos investigadores muestran a la hora de considerarlas auténtico y peculiar exponente de la Cultura Castreña y no resultado de un influjo mediterráneo que, inclusive, hay quien atribuye (Calo Lourido) al propio fenómeno romanizador.

En la segunda parte del volumen, obra de Rodríguez Colmenero, se palpa desde sus primeras páginas un empeño denodado por deslindar drásticamente la Galicia anterior y posterior a la conquista romana. Es posible, ciertamente, que determinados conceptos artísticos y simbólicos indígenas se perpetuaran –continúan vigentes, así, algunos monumentos singulares, caso de las Pedras Fermosas, pues, como sucede en Punta de Prados, Espasante, Ortigueira, las hay de cronología claramente imperial, y tampoco descarta el autor que algunas de las manifestaciones escultóricas presumiblemente castreñas puedan llegar a datarse a caballo del cambio de Era–, pero por encima de ello sobresaldrá la inconfundible y rotunda huella del Imperio.

En este sentido Colmenero, desde la atalaya privilegiada que le confiere su condición de excavador en *Aquis Querquennis*, uno de los campamentos, junto con el de A Cidadela, mejor conservados de Galicia, subraya el carácter militar de la primera presencia romana en el territorio para reconocer que la nueva concepción arquitectónica de tales recintos, articulados en torno a un *cardo* y un *decumanus*, tuvo «un influjo mimético en la arquitectura civil» que pronto se plasmaría en los dos más importantes núcleos urbanos del noroeste: *Lucus Augusti*, capital del Convento Jurídico Lucense, y *Aquae Flaviae* (Chaves, en el norte de Portugal), único municipio romano reconocido con certeza en nuestro espacio.

Allí, en *Lucus*, por debajo del Lugo tardoantiguo, cuyas murallas datan del 260-280 de la Era, la actividad arqueológica del propio Colmenero a partir de 1986 ha tenido como efecto el reconocimiento de la traza hipodámica de un primitivo núcleo altoimperial en el que, a falta todavía de identificar edificios públicos de entidad, sí se han advertido indicios de las primitivas *insulae* urbanas, de una red de cloacas y de viales de agua, de unas termas privadas y de una necrópolis, que han cambiado por completo la atávica imagen de una Galicia romana profunda y casi exclusivamente rural. Algo, por otra parte, de lo que existe menor constancia en Chaves, una de las mansiones de la vía XVII del Itinerario de Antonino, donde, por el contrario, sí puede acreditarse la existencia de monumentos públicos, ya sea el gran monolito cilíndrico erigido para honrar a las autoridades romanas –los varones de la familia imperial o la Legión VII–, ya se trate del puente que los aquiflavienses construyeron *propia pecunia* en época de Trajano.

La romanización, por otra parte, se dejará notar asimismo en la introducción de nuevos cultos mediterráneos, paganos y cristianos, destacando Colmenero aquellos rendidos a Isis y Serapis –divinidades egipcias poseedoras de las virtudes de las aguas del Nilo– que acarrea-

ron la construcción de santuarios del estilo de los helenísticos de todo el Mediterráneo (¿al rebufo de la vieja tradición indígena de las «saunas», acreditada en los monumentos con Pedras Fermosas?), como el recientemente exhumado en *Lucus* o el celeberrimo de Santa Eulalia de Bóveda, también lucense, que después se convertiría en capilla paleocristiana, con un carácter no muy distinto al del pequeño oratorio de la aldea orensana de Ouvigo.

Insistencia, pues, en el cosmopolitismo de la impronta romana, que no impide –sobre todo en la plástica– la percepción de cierta personalidad artística galaico-romana, por ejemplo documentada en las escuelas o grupos epigráficos locales de *Lucus*, flaviense, compostelano, brigantino o pontevedrés, cuya existencia tampoco sería justo sirviera para ocultar los romanos modos de vida que, a través de otra serie de evidencias, no escapan a la observación del autor en un postrer capítulo.

El libro remata, por último con la inexcusable recopilación de títulos bibliográficos. Relación excesivamente sucinta a nuestro entender, para tan monumental obra y –pese a su perfecta estructuración, en paralelo a los capítulos del texto– demasiado segregada de los contenidos y problemas concretos a los que se alude en aquél. El profano no tendrá fácil en este sentido, encontrar el hilo para profundizar en los aspectos que más hayan llamado su atención en el deambular de la lectura, lo cual, sin embargo, en muy poco empaña el valor de este espléndido libro, prolijo en documentación y actual en sus planteamientos e interpretaciones, que confirma la acertada línea editorial del ya consolidado proyecto Galicia.–Germán DELIBES DE CASTRO.

J. M. BLÁZQUEZ, M. P. GARCÍA GELABERT, *Cástulo, ciudad ibero-romana*, Istmo. Colección Fundamentos, Madrid, 1994, 563 páginas, 24 ilustraciones.

El volumen que se reseña, es una síntesis de la historia de una de las ciudades más nombradas en las fuentes, situada en la zona geográfica del Alto Guadalquivir, cuya trayectoria los autores rastrean unos 2000 años. Es esencialmente la historia de otras muchas ciudades del sur hispano, que pasaron por las mismas fases que Cástulo, es decir, tuvieron un momento de arranque durante la fase final del Bronce, potenciada por los contactos con los pueblos orientales. A continuación, después de la desintegración de la cultura tartésica y de su comercio, se genera un período oscuro que da paso a la época ibérica, la cual enlaza con la conquista púnica y romana, consecuentemente con las cuales estos pueblos autóctonos se aculturaron, sobre todo en función de la romanización.

Los estudios que nos ofrecen los autores hacen referencia a muy diversas parcelas de dicho proceso histórico, no quedando al margen de los mismos la problemática de los asentamientos de colonos fenicios en la Alta Andalucía, cuya dinámica debió estar fuertemente condicionada por la extracción de metales de Sierra Morena, ni la introducción, bien por los mismos fenicios, bien por los intermediarios orientalistas de la zona de Huelva, del empleo de mosaicos de guijarros, que en los siglos VIII-VI se utilizan para pavimentar áreas abiertas de un santuario-y; posteriormente, en el siglo IV a. C. para delimitar las tumbas ibéricas.

Paralelamente, tendrá lugar la introducción del torno de alfarero, de nuevas formas cerámicas y de la pintura vascular, también del hierro, coincidiendo ello con el arraigo de formas de religiosidad innovadoras, de tipo fenicio, que se plasmarán tanto en la aparición de templos, como de nuevas divinidades y de objetos rituales, caso de los quemaperfumes. Sin embargo, tampoco faltan pruebas de la existencia, durante el período orientalista, de relaciones intensas entre Cástulo y la meseta (cerámica bruñida), lo que se repetirá más tarde, en los siglos IV-III a. C., a juzgar por la presencia en las necrópolis de ciertas armas y broches de cinturón.

Un nuevo aspecto tratado con alguna profundidad es el de las clientelas indígenas, romanizadas, que se vincularon a los grandes caudillos romanos de la conquista. Por entonces